



Periodista

Hubo una época en que la tinta tenía que ver con el oficio periodístico, y por eso se decía que un buen periodista debía tener *tinta en la sangre*. Era una forma rebuscada de decir que era necesario tener amor por el oficio. Y el oficio, básicamente, es informar, ser intermediario entre los hechos que ocurren y la gente que quiere conocerlos.

El periodista desciende del cronista. Herodoto, en el siglo V a. C., fue el primer periodista, al mismo tiempo que el primer historiador. En el primer párrafo de su *Historiae* dice: «Herodoto de Halicarnaso presenta aquí los resultados de su investigación para que el tiempo no abata el recuerdo de las acciones de los hombres y que las grandes empresas acometidas, ya sea por los griegos o por los bárbaros, no caigan en olvido».

Herodoto escribía sobre el pasado para la posteridad. Con el tiempo eso fue cambiando y los periodistas modernos también escriben sobre el presente para la actualidad, pero el método es el mismo. La realidad se despliega delante de sus ojos como una fuente inagotable de datos que él debe investigar. Busca fuentes, anota declaraciones, recopila hechos, ordena los datos obtenidos y luego, por fin, informa.

Cuando en el siglo I a. C. Julio César ordenó colgar boletines con novedades diarias en el Foro romano, le dio trabajo al primer redactor periodístico, que permanece anónimo. Cuando Gutenberg inventó la imprenta, alrededor de 1450, echó a rodar la bola de nieve que culminaría en la actual industria periodística o *de medios*.

Hojas informativas, gacetas, gacetillas, periódicos y finalmente diarios fueron apareciendo en los siguientes siglos, y el periodismo como oficio fue tomando forma.

Luego el campo se diversificó con la aparición de la radio, el noticiero cinematográfico (hoy extinto), la televisión y finalmente Internet. Con las nuevas tecnologías un periodista moderno puede cumplir su labor perfectamente sin ensuciarse nunca un dedo con tinta, pero eso no lo exime de mantener los requerimientos mínimos del oficio: amor por informar, pasión por la verdad, fidelidad a la ética de la profesión, manejo impecable del idioma y la necesidad casi física de estar siempre al tanto de todo. Preguntar, preguntar y siempre volver a preguntar. Y hacer todo lo posible por dar información correcta, y darla antes, más en detalle y mejor.

Un periodista sin grabador no es periodista. Es la herramienta fundamental que le permite, ante cualquier duda, comprobar la veracidad de los dichos de un entrevistado. Su computadora, heredera de la máquina de escribir, cumple más funciones que su predecesora y es sagrada: en ella guarda los datos que conforman cada noticia que escribe. Es inevitable que también su casa se vea tomada por innumerables carpetas y más carpetas con papeles diversos, cedés y viejos disquetes.

Su obsesión es la información y, como cualquier obsesión, puede aparejar algunos peligros. Cegado por la pasión, puede exponerse a las balas, como Robert Capa en 1944, mientras fotografiaba el desembarco de los aliados en la playa de Normandía. Diez años más tarde, Capa moriría en la guerra de Indochina, una noche demasiado oscura, al pisar inadvertidamente una mina. «Si tus fotos no son lo suficientemente buenas es que no te has acercado lo suficiente», decía.

A veces los riesgos para el trabajador no son tan explosivos, pero sí igual de invisibles. Luego de horas frente a la computadora buscando en la red un dato imposible, o esperando la llamada de un corresponsal, el periodista puede olvidar que su columna vertebral hace rato que está doblada, que su estómago no ha probado bocado desde hace horas y que tal vez un poco de sueño sería la mejor herramienta para redondear esa otra columna que al otro día se convertirá, una vez más, en tinta.

El oficio del siglo xx

Uno de los oficios más importantes del siglo xx fue el de periodista. Con la aparición de la radio, la televisión y la difusión de la fotografía nacieron los que hoy llamamos medios masivos de comunicación.

Las dos guerras mundiales ayudaron. De pronto, todo el mundo quería saber qué ocurría al otro lado del mundo. Primero fueron las noticias de guerra, a las que siguieron más noticias de guerra (Corea, Vietnam, Cuba...), y luego todo fue siendo engullido por la prensa. El arte, la ciencia, los casamientos de las princesas, el último romance de tal actriz, la borrachera de tal actor, los muertos de malaria en el Congo, el viaje a la Luna, todo lo que pasaba en el mundo era noticia y debía transmitirse a todos los rincones del planeta lo más pronto posible. Y allá iban los periodistas con sus blocs, grabadores, cámaras de fotos, cigarrillos y lentes oscuros.

El periodista estrella también se vio reflejado en las historietas de la época. Acaso el más famoso sea Superman, el superhéroe todopoderoso que se oculta detrás de Clark Kent, un periodista común y corriente, un poco distraído, que trabaja en el *Daily Planet*, en la ciudad de Metrópolis, junto a Luisa Lane.

El Hombre Araña es otro de los superhéroes cuyo oficio *part-time* es el de periodista. Peter Parker trabaja como reportero gráfico del *Daily Bugle* y tiene el paradójico trabajo de conseguir fotos de él mismo cuando se transforma en el Hombre Araña.

Un poco menos poderoso, pero igual de venerado por varias generaciones, es Tin-Tin, el famoso periodista belga que recorría el mundo, siempre acompañado de su fiel perro Milú, siguiendo los casos más misteriosos, que lo llevaban al Congo, a Egipto o a la Luna.

En la televisión también desfilaron toda clase de periodistas de historieta. La rana Renée era reportera del informativo de Plaza Sésamo, donde vivían los Muppets, y April O'Neil una muy bonita e inteligente conductora del Canal 6 de Noticias que ayudaba a las Tortugas Ninja en la lucha contra los planes maléficos de Krank, Roco o Destructor.

La lista sigue, pero me tengo que ir a ver el informativo de las siete.

